

X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2018.

Masoquismo y amor, una aproximación al amor en Gide.

Candia, Santiago.

Cita:

Candia, Santiago (2018). *Masoquismo y amor, una aproximación al amor en Gide*. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-122/393>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewym/a5E>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MASOQUISMO Y AMOR, UNA APROXIMACIÓN AL AMOR EN GIDE

Candia, Santiago

Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

El trabajo que me propongo llevar adelante, consiste en una primera aproximación a la noción de amor en una tensión disyuntiva con el deseo. Para avanzar en esta separación, nos serviremos en primer lugar de dos textos de André Gide: “Si la semilla no muere” y “Et nunca manet in te”; ambos presentan el formato de diario íntimo, y en los que intentaremos detectar y destacar un modo de vínculo amoroso propio de la perversión. Para lo que tendremos que navegar por la relación amorosa que Gide tenía con su esposa, su madre y su tía, lo que nos posibilitara abrir el juego a la interrogación por el amor en el masoquismo. De modo que tendremos que recurrir a ciertos textos psicoanalíticos.

Palabras clave

Psicoanálisis - Masoquismo - Amor - Madre

ABSTRACT

MASOQUISM AND LOVE, AN APPROACH TO LOVE IN GIDE

The next job is to study the notion of love in tension with desire. To make the separation between love and desire, we will study two writings by André Gide: “If the seed does not die” and “Et never manet in te”. In these two books we will study love in perversion. That's why we have to study Gide's relationship with his mother, his aunt and his wife. To ask about masochistic love. We will also study writings on psychoanalysis.

Keywords

Psychoanalysis - Masochism - Love - Mother

André Gide publica en 1924 “Si la semilla no muere” bajo la forma de una suerte de memorias, autobiografía, que comienza con sus primeros años de vida. Digo una especie, porque no sabemos a ciencia cierta si los relatos que transcribe de manera magistral en este libro, ha sucedido tal y cómo nos son relatados; solo tenemos una suerte de aproximación al personaje sobre el que André Gide se sumerge, personaje que lleva su mismo nombre y sobre el cual trabajaremos, para extraer un modo de lazo amoroso particular. Sabemos hace tiempo que el sujeto, el yo del narrador, no coincide con el sujeto del escritor, se trata de una construcción narrativa que simula, en un juego de espejos literarios, que son uno y el mismo sujeto. De modo que, solo contamos con un texto de ficción que puede o no, coincidir con la realidad tal y como es experimentada por Gide. Si nos entregamos al juego de engaños que propone toda ficción literaria, de la que nos autorizamos a extraer elementos, que nos permitan pensar cuestiones que hacen al masoquismo, como modo presentación de la perversión.

Si algo aparece con fuerza en “Si la semilla no muere”, es la relación que Gide establece con los hombres desde la más temprana infancia: las amistades, los maestros, la belleza de los hombres, a los que se dedica a contemplar con una distancia surcada por el miedo y el temor de la proximidad. Sin embargo, el miedo, el temblor y la cobardía no terminan de ser lo suficientemente fuerte para que el joven Gide no se acerque a aquellos pequeños hombrecitos por los que se siente atraído[i]. Los primeros viajes lejos de su madre-tierra al continente africano. Tierra salvaje y exótica, pero también inquietante y ominosa, lista para ser descubierta en los primeros vestigios de la exogamia. Un país que no es lo suficientemente lejano como esperaríamos, o si, tratándose de alguien que se define a sí mismo como un hombre que teme inclusive al temor. Pues su viaje es a Argelia, que para ese entonces, ya tiene una relación de explotación por parte de Francia. Argelia, colonia francesa. Es allí donde desembarca Gide, será en esas ciudades blancas y mediterráneas, donde tiene su primera experiencia sexual con un hombre.

Es así que Gide no puede alejarse de la presencia de su madre, que, todo a lo largo de “si la semilla no duerme” sobrevuela cada uno de los capítulos como un fantasma poderoso, cruel, caprichoso, pero necesario hasta la última gota. Gide no duda en recurrir a esa madre cuando enferma, cuando necesita de otro que cumpla el deber de cuidado. Pero no deja de experimentar una y otra vez la vara, el látigo de sus modos desaprobatorios, respecto de todas las acciones emprendidas por su hijo. Este vínculo entre Gide y su madre, lo lleva a Lacan a preguntarse: “¿Qué fue para ese niño su madre, y esa voz por la que el amor se identificaba con los mandatos del deber?” (Lacan, 1958: 729). Se trata de una madre que conjuga el amor con los mandatos y deberes morales, que se reflejan sin velos en cada una de las líneas que le dirigirá a su hijo, produciendo un amor deshilvanado, separado del deseo.

La madre de Gide tiene una fuerza y una frialdad que solo es comparable a esas mujeres a las que Sacher-Masoch dedica su obra. De quien, Deleuze siguiendo al escritor ucraniano dirá que se trata de mujeres de espíritu marmóreo, no solo por su frialdad y la perfección de su figura, que recuerda a la de las estatuas griegas, sino que ellas conservan algo de sagrado, como si debajo de su aspecto inquebrantable, fulgurara una fuerza divina. Lo que podremos reconocer en las mujeres de Gide, ya sea su madre o su esposa es “el ideal masoquista que tiene la función de hacer triunfar el sentimentalismo en el hielo y por el frío... con Masoch se anuncia el nacimiento de un nuevo hombre <>” (Deleuze, 1967: 56). Podemos decir que para Deleuze, el masoquista sostiene una división entre amor y sexo, que no encuentran punto de conjunción. Si bien Lacan no lo plantea en estos términos, podemos reconocer en su enuncia-

ción la existencia de tal disociación en Gide, respecto a la elección de objeto amoroso y la elección del objeto sexual.

La potencia caprichosa de la madre de Gide, remite a ciertas insatisfacciones que ha experimentado en su vida, al casarse con un hombre demasiado dedicado al estudio de las leyes. El señor Gide[iii] es un hombre culto que se mostraba cariñoso con André durante sus primeros años de vida, pero a quien la muerte lo alcanza de forma prematura. Sin embargo, antes de que la muerte se hiciera presente, la madre de Gide se mostraba en fuerte desacuerdo con las propuestas del padre de leerle a su hijo pasajes enteros de las obras clásicas de la literatura, por considerarlas inmorales y hasta pornográficas. Lo mismo sucedía con el dinero, que ya en aquel tiempo la madre le entregaba en forma de mensualidad, y que André siempre juzgaba como demasiado poco aunque la fortuna familiar era suntuosa.

Hacia el final de sus memorias transcriptas en *si la semilla no muere*, Gide dice de sus años de juventud y de su relación con la madre: “entre nosotros había una nueva causa de irritación: mamá me entregaba cada mes la pensión que consideraba suficiente para mí -es decir, si tengo buena memoria, trescientos francos-, cuya dos terceras partes dedicaba a la compra de música y de libros. Consideraba poco prudente poner a mi libre disposición la fortuna que había heredado de mi padre, fortuna cuyo importe yo ignoraba, por lo demás; y por lo demás se guardaba de hacerme saber que mi mayoría de edad me daba derecho a ella” (Gide, 1924: 340). En estas líneas queda de relieve la posición caprichosa de la madre, quien, a pesar de la edad de su hijo, no se mostraba dispuesta a poner a su alcance el dinero que su padre había acumulado en el ejercicio de la abogacía. ¿Por desconfianza ante la juventud de su hijo, o se trataba más bien del deber de cuidados que se confundían con el amor?

A esa madre, Gide vuelve una y otra vez, vuelve hasta el último día de ella, vuelve siempre de la misma manera, dispuesto a ser sometido por su capricho. Esa madre, ese Otro que le congela la voz y el movimiento, cuando se dirigía hacia el contacto con otra mujer, inclusive en las mujeres que la literatura le ofrecía. “Leía sin mirar a mamá, quien sentada, hundida en uno de los grandes sillones, bordaba. Había comenzado muy alegremente, pero, a medida que avanzaba, mi voz se helaba, en tanto que el texto se hacía más atrevido... mamá manejaba la aguja con una mano cada vez más nerviosa; mientras leía, yo captaba por el rabillo del ojo la extremidad de su movimiento” (Gide, 1924:190)[iii]. Gide **se muestra** padeciendo de la madre; resaltan los bordes de la escena que monta, para obtener una satisfacción que se mantiene velada, para sostener una madre cruel y despiadada en su simple presencia. Sara Vasallo destaca en “Escribir el masoquismo” una puntualización de Lacan, que nos permite echar luz sobre la posición de Gide, dice: “Lo esencial en el masoquismo no es la presencia del sufrimiento vital e inmediato sino una puesta en escena de la exclusión donde lo que se cuenta es la función de acentuación del objeto (o del sujeto como objeto)” (Vasallo, 2008: 142). La función celadora de la madre se acentúa en la escena misma que monta el sujeto, que va a ubicarse como objeto del Otro, aunque la sutileza de Gide nos hace sospechar del carácter tiránico de su madre, como Sacher-Masoch nos hace creer, por una serie de giros dialecticos,

que es Wanda quien castiga a Severin (protagonistas de *Las venus de las pieles*), aquí pareciera traslucirse que tal cosa no es sin su participación, hasta diría sin la puesta en escena de un fantasma.

Gide en el amor

El modo que se presenta el amor para André Gide, lo anticipé unas líneas más arriba, produce, tal y como él lo relata, una disociación entre el objeto de amor y el objeto de deseo sexual.

Se trata en primer lugar de un amor intenso que se dirige hacia una mujer -independientemente de su elección sexual- duplicando los rasgos que lo unen a su madre. El tipo de elección amorosa, por su prima Madeleine se encuentra circunscripto por una frontera infranqueable, el límite que establece el orden sexual es el punto que lo eleva a una potencia tercera. La disociación entre el goce del cuerpo y el amor aparecen separado, al punto que uno es excluyente al otro. El amor que siente André Gide es de tal potencia que le propone matrimonio a su prima, quien en una primera instancia decide postergar la decisión. Sin embargo, a pesar de ese primer rechazo, su amor seguía imperturbado.

“Mi amor seguía siendo casi místico, y el diablo me engañaba al hacerme considerar como una injuria la idea de mezclar con él cualquier cosa carnal, no podía dar cuenta de ello todavía; de todos modos, había decidido disociar el placer del amor, y hasta me parecía que ese divorcio era deseable, que el placer era más puro y el amor más perfecto si el corazón y la carne no se entremezclaban” (Gide, 1924: 270).

División tajante e indudablemente determinada por un lado: por su ferviente posición de creyente cristiano -él mismo Gide se define como un asiduo lector de los evangelios, texto a los que recurre innumerables veces- y por el otro, por la relación con su madre. Con solo llegar a las últimas líneas de sus extensas memorias, el lector encuentra una escena en la que Gide está sentado junto al lecho de muerte de su madre, y en el instante en que ella está a punto de dejar el mundo, Gide escribe un párrafo que da cuenta de la cercanía que existía entre su elección amorosa con su prima y su madre: “No me quedaba nada de qué agarrarme, como no fuera mi amor por mi prima; mi voluntad de casarme con ella era lo único que orientaba todavía mi vida. Ciertamente, la amaba; y sólo de eso estaba seguro; hasta sentía que la amaba más que lo que me amaba a mí mismo. Cuando pedí su mano me tenía en cuenta a mí mismo menos que a ella; sobre todo, estaba hipnotizado por esa liberación sin fin que anhelaba arrastrarla tras de mí, sin preocuparme porque estuviera llena de peligros, pues admitía que hubiese en ella nada que mi fervor no pudiese vencer; toda prudencia me habría parecido cobardía, cobardía toda consideración del peligro” (Gide, 1924: 345).

Es así que Madeleine Rondeaux, quien se convertirá en la esposa de Gide, es la mujer que viene a salvarlo cuando toda su existencia se desvanecía irrefrenablemente. Mujer crucial, que lo salva dos veces en la vida, ante la posibilidad de la acentuación de su posición de objeto más allá de los límites tolerables. Lacan en el seminario sobre *las formaciones del inconsciente*, recupera la primera de estas dos oportunidades y dice:

“El punto de viraje decisivo en el que la vida del joven Gide recupera, por decirlo así, sentido y constitución humana, debe localizarse

en un momento crucial de entificación aportado por su recuerdo con toda la claridad posible, y que deja con absoluta seguridad una marca en toda su existencia. Se trata de la identificación con su prima” (Lacan, 1957-58: 267).

Existe una escena central en la vida de Gide, que se nos presenta insignificante ante nuestros ojos si desconocemos las coordenadas que le permiten adquirir su valor determinante. Su prima llora en las escaleras de la casa, mientras se escuchan los sonidos de su madre teniendo relaciones sexuales en el piso superior. Ante la imagen de desamparo que contempla Gide, solo puede experimentar un fuerte amor compasivo hacia Madeleine.

Detengámonos en los antecedentes que fijan en el imaginario de Gide esta escena. Hemos resaltado el modo de amor magro, distante y moral con el que se identifica la madre de Gide, un amor que obstaculiza la posibilidad de que Gide ocupe el lugar de falo para ella, no es un niño falicizado dirá Lacan. Este trazo que particulariza a la madre y que él no puede dejar de vivir desde el desamparo, es lo que más tarde permitirá que el encuentro de seducción con su tía, sea vivido por él como “por primera vez en posición de niño deseado” (Lacan, 1957-58: 267). Ese encuentro con la madre del deseo, lo salva de quedar petrificado en el dolor de la existencia. En ese viraje crucial, se produce una identificación imaginaria con su prima, que, metonímicamente resignificara el momento en el que él la ve inmersa en el desamparo del goce de su madre.

El enamoramiento de Gide que concluirá en casamiento, no es por un rasgo singular de Madeleine, sino por lo que toda ella representa para él. El papel que juega esta identificación en la elección de objeto amoroso despojado de los barnices del deseo, nos permitirá entender las propias palabras de Gide: “Cuando pedí su mano me tenía en cuenta a mí mismo menos que a ella” (Gide, 1924: 345).

Un amor contractual

De modo que, esas dos agujas que tejen mientras André Gide lee en voz alta bajo la oscura presencia de su madre, la religión cristiana y la madre, son los dos instrumentos que van a tejer una modalidad de amor particular; pero que cumple una función de sostén. Será el contrato matrimonial el pivote sobre el que va a sostenerse la relación amorosa con su prima. Contrato al que por un momento debemos quitarle el carácter religioso -no olvidemos que Gide era un creyente ferviente- para resaltar que el contrato es el que establece las condiciones de amor. Gide cierra *si la semilla no muere* poniendo de relevancia la importancia que tenía para él el contrato matrimonial. Aunque no sabemos de su pluma que tipos de condiciones establecía el contrato de amor con su prima, en qué clase de mujer se vuelve Madeleine para este hombre que logró aislar el amor del goce sexual.

Sin embargo tras la muerte de su prima, evidentemente menos dolorosa que la quema de las cartas que le escribió desde su infancia^[iv], edita un fragmento inédito de su diario íntimo. Esta vez se trata de un cumulo de pocas páginas que vienen a sumarse a las más de mil quinientas que constituyen su Diario (1869-1951), memorias y novelas autobiográficas, que nos habla de su vocación por el significativo, de su deseo de volverse un hombre de letra. Ahora, este breve diario íntimo, dedicado casi en su totalidad al quiebre que significó en su vida el momento en el que se anoticia por boca

de su esposa, que ella misma ha arrojado todas las cartas al fuego, mientras él estaba de viaje en Inglaterra. Del valor que adquieren esas cartas, Lacan dirá que “esas cartas en las que había puesto su alma... no tenían copia. Y su naturaleza de fetiche aparecido provoca la risa que acoge la subjetividad tomada desprevenida” (Lacan, 1958: 743).

Pero veamos qué es lo que dice Gide respecto al contrato de matrimonio una vez sucedido la quema de las cartas:

“Aquello implica una especie de contrato, respecto al cual no se había consultado a la otra parte; un contrato que yo le imponía; que, por lo demás, sólo le imponía porque mi naturaleza me imponía a mí mismo sus perentorias condiciones” (Gide, 1951: 78).

De tal forma que se presenta un doblez a nivel del contrato, por un lado un contrato explícito, aquel que firmaron de común acuerdo con Madeleine, que enmarca su relación en un orden civil y jurídico, pero hay otro contrato que permanece implícito para ella. Este último se trata de una suerte de contrato que no sólo establece los modos de relación entre ellos, sino un modo de contrato que adquiere su valor más importante al operar sobre el mismo Gide y que eleva a Madeleine a un lugar específico. Este pacto, este contrato prácticamente mudo determina los límites, las libertades y las posibilidades dentro de un campo de acción.

NOTAS

[i] Lacan articula la elección por los jóvenes por efecto de una experiencia traumática y determinante, coloreada por el encuentro del deseo del Otro. Momento clave en la vida de Gide en el que “se había encontrado por primera vez en posición de niño deseado. Esta situación nueva, que en cierto modo será para él una salvación, lo fijara aun así en una posición profundamente dividida... se enamora para siempre, y hasta el fin de su existencia, de aquel niño que fue por un instante en brazos de su tía, esa tía que le acarició el cuello, los hombros y el pecho. Toda su vida está ahí” (Lacan, 1957-58: 267). Frente a la falta de amor de una madre caprichosa, que no se mostraba para nada amorosa con su pequeño niño, la figura de la tía viene a salvarlo de no se sabe que destino marcado por el dolor de la existencia.

[ii] Del padre Lacan hablara de su burguesía y de que era “un enseñante original en materia de derecho como la pérdida que deja en su hijo un hombre sensible que sólo se liberó de una alianza ingrata gracias a una muerte prematura” (Lacan, 1958: 726)

[iii] Transcribo un fragmento del poema para que se vea el tono que inquietaba a la madre de André: “la dama era tan bella/ que un santo del paraíso se hubiese condenado por ella. / ¡Oh, cuadro encantador! Completamente confusa y ruborosa...” (Gide, 1924: 190).

[iv] “Lloré durante toda una semana; lloré de la mañana a la noche, sentado ante la chimenea de la sala en donde se concentraba nuestra vida común; y más todavía lloraba de noche, después de retirarme a mi alcoba, en donde siempre esperaba que entrase a buscarme; lloraba sin cesar, sin tratar de distinto a mis lágrimas” (Gide, 1951: 75). Es solo un fragmento de lo que representa para Gide ese momento en el que se rompe una relación que preexistía al mismo contrato matrimonial; que probablemente comienza en el punto que ubicamos más arriba en el que ve a Magdalena llorando a los pies de la escalera.

BIBLIOGRAFÍA

Barthes, R. (2003). *Variaciones sobre la literatura*. Buenos Aires: Paidós.

Deleuze, G. (1967). *Presentación de Sacher-Masoch. Lo frío y lo cruel*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gide, A. (1947). *Et nunc manet in te. Diario íntimo*. Buenos Aires: Losada.

Gide, A. (1924). *Si la semilla no muere*. Buenos Aires: Losada.

Lacan, J. (1957-1958). *Las formaciones del inconsciente* (13 ed.). Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1958). *Juventud de Gide, o la letra y el deseo. Escritos II*. Buenos Aires: Paidós.

Sacher-Masoch, L. (1870). *La venus de las pieles*. Buenos Aires: El cuenco del plata.

Vassallo, S. (2008). *Escribir el masoquismo*. Buenos Aires: Paidós.